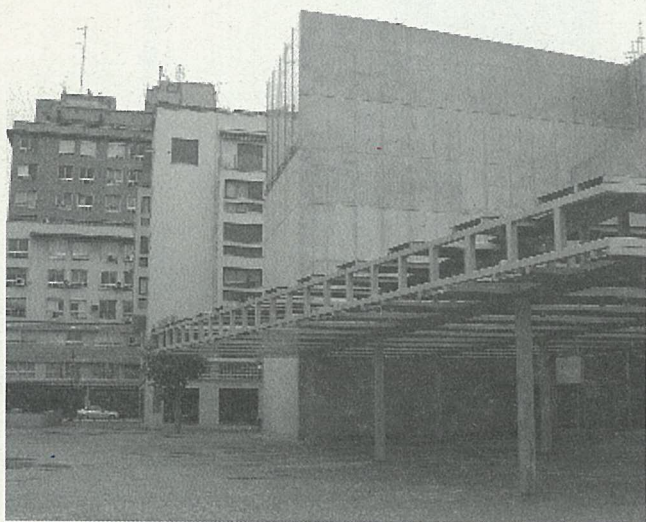
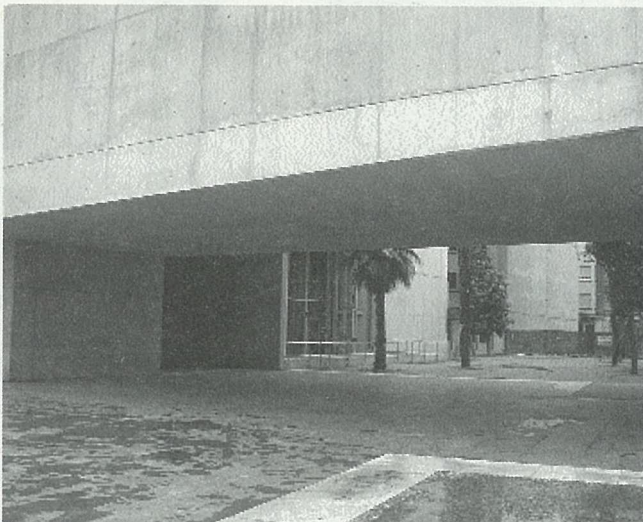


juan diez del corral

CONSUEGRADO



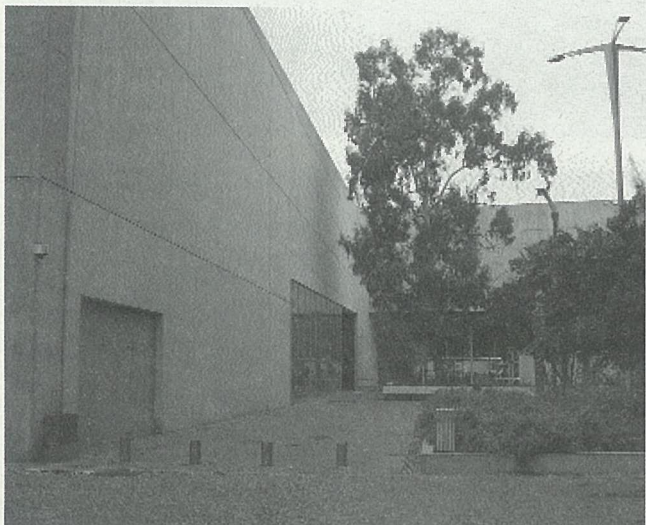
El sentido urbano



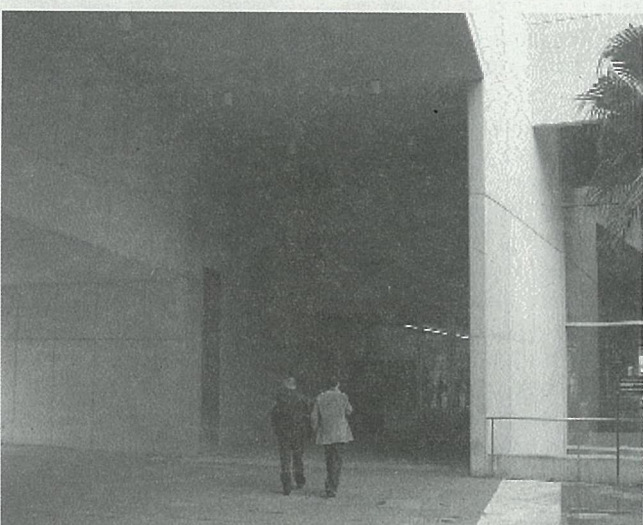
La decisiva importancia del lugar



La riqueza expresiva de la materia constructiva



Rincón acogedor



Entrada (sin comentarios)



Bar con encanto

Consuegra es un arquitecto consagrado. No hay más que leer las alabanzas de Vicente Verdú en el artículo que abre el catálogo de la exposición que ha ofrecido en septiembre el COAR o el exaltado panegírico que le dedica un tal Javier García-Solera (parece que arquitecto) en el artículo que lo cierra, para darse cuenta de que estamos ante un santo de la arquitectura contemporánea española. Por no hablar del brillante currículum vitae que se incluye en el mismo. Así lo debieron de entender los jóvenes arquitectos de nuestro colegio que casi llenaron su habitualmente semivacía sala de conferencias cuando el pasado 16 de septiembre el consuegrado bajó de los cielos del papel couché -y de sus letanías laudatorias- y vino a Logroño a contar sus milagros.

Confieso que es un espectáculo que me apasiona, uno de los mejores espectáculos que se puede contemplar en provincias: ver a los santos venderse a sí mismos como mercancías teológicas por las salas de pueblo. El impudor en aceptar la publicidad que le dan las exposiciones, artículos y presentaciones, resulta conmovedor; y el silencio del respetable ante la endeblez de sus discursos tiene más morbo que cualquier programa de la tele. Guardaba yo en el recuerdo la presencia primaveral en nuestra Escuela de Arte de esa viejecita llamada Bernardo Atxaga como el mejor espectáculo de este género en el presente año, hasta que el solemne discurso sobre el lugar, la arquitectura de cuerpo y mestizaje (?) de Vázquez Consuegra me ha puesto en duda sobre el *number one* de la temporada.

Lo peor de todo es que llevé a mi hija al espectáculo sin darme cuenta de que los jóvenes necesitan santos y referencias. La pobre se aburría como una ostra ante lo vacío del discurso y salió hecha un lío entre la pose del artista y el descreimiento de su padre. Me sentí verdaderamente culpable del fregao en que la he metido. Con lo bien que se lo pasaría coleccionando hierbajos o piedrecitas de haberse puesto a estudiar botá-

nica o geología...

El problema es que meses antes habíamos ido juntos a ver en Valencia el Museo de la Ilustración de Consuegra y allí comentamos todas sus formas, detalles y contenidos hasta concluir lo disparatada que es la arquitectura que en estos momentos está pasando a la Historia (ver muestras en el reportaje fotográfico). Por eso que, más que nunca, era obligado en este caso conocer al personaje que estaba detrás de la obra.

En el estupendo vino cena que es costumbre en nuestro Colegio después de las conferencias, el decano me presentó al conferenciante y haciendo abuso de la cortesía le pregunté que cómo se había prestado a hacer un Museo de programa tan vacío como el de la Ilustración de Valencia. Su respuesta fue tan contundente y clarificadora de lo que es la arquitectura consuegrada de nuestro tiempo que no puedo resistirme a compartirla con mis lectores: "no he vuelto a entrar en el edificio desde que se entregó, no he visto cómo se ha montado el museo, y no me interesa lo más mínimo".

Es difícil encontrar una expresión tan perfecta de eso que se da en llamar la arquitectura ensimismada. Una arquitectura que se ofrece una y otra vez como un enorme objeto escultórico ocupando espacios privilegiados de la ciudad y costando una porrada de euros a mayor gloria de su autor.

Como el diálogo cortés con Consuegra ya no podía seguir, mi cuestionamiento público es obligado: ¿cuándo diablos vamos a empezar a entender que la arquitectura no es un gran objeto escultórico puesto en medio de la ciudad para dejar atónitos a los ciudadanos y contentos a los turistas? Por favor, la escultura tiene su lugar en la arquitectura como mediadora entre la escala arquitectónica y el hombre así que ya vale de gigantesco ejercicio escultórico y de fotografías de edificios prístinos y vacíos. ¿Cómo se puede desmarcar uno con despecho de la arquitectura virtual (en todo ca-

so abierta a sus diferentes materializaciones) para caer en la construcción de una arquitectura torpe, pesada, y cerrada en sí misma, a base de un reducido lenguaje de fríos muros de hormigón, rampas desoladas o pérgolas en eterna espera de las bugambillas? ¿se creará Consuegra que por romper sus edificios para hacer pasadizos peatonales que conecten más o menos con calles adyacentes ya se puede llamar a eso "arquitectura con una gran vocación urbana y de lugar"?

Y eso por no hablar de la confusión de significantes que muestra su arquitectura en connivencia con lo más granado del actual panorama nacional: hubo una foto de una fachada del museo naval de Génova que parecía sacada, tal cual, del edificio de la Maternidad de Moneo en la calle O'Donnell de Madrid. Puro estilo raya cristal. ¿A eso se llama arquitectura nacida del lugar?

Ya vale de hablar del lugar con tanta frivolidad, hombre. Un lugar no es el espacio en que se asienta la obra de arte de un iluminado sino un denso tejido de huellas humanas que se construye con las intervenciones de los hombres cuando éstos no tienen puestas sus miras en el éxito de los concursos, en la publicación de las revistas de papel couché o en su inclusión en la Historia. Un lugar es un espacio en el que los hombres viven y están día a día con la comodidad con que se lleva la ropa, y no un espacio en el que inventar recorridos quebrados y desolados rincones a mayor gloria del minimalismo abstracto o de la fotografía arquitectónica. A la vista del barrio en que se inserta, decir que un museo como el de Valencia es una obra pensada desde el lugar daría verdadera risa si no fuera por el daño que le hace. Un daño en el que, todo hay que decirlo, Consuegra no es más que una pieza de la cadena de despropósitos que se hacen por la ausencia de una teoría de la arquitectura mínimamente sólida. En todo caso, la pieza estelar, la más notoria. La que más llena nuestra sala de conferencias y más contento tiene a los periodistas de arquitectura que no entienden nada.

LA LECCION DE LA INGENIERIA



Desde la criminal destrucción de las torres gemelas de Nueva York, montañas de páginas de periódicos nos llevan informando acerca de las desdichadas polémicas sobre su reconstrucción: encuestas a personajes sobre qué cree Ud que se debería hacer (que han llegado hasta formularse en nuestro periódico local y entre nuestros compañeros arquitectos), proyectos virtuales, concursos abiertos o concursos de estrellas donde, ¡que maravilla!, teníamos una representación española -sobre la que también se escribió con sorna en este mismo hall (véase eh66 pag 3 "Con o sin" por Pepe Garrido); noticias de portada con la resolución del concurso a favor del galáctico D. Libeskind, y nuevas y numerosas páginas sobre la posterior ensalada de proyectos en que deriva el asunto, con invitaciones a otras estrellas del firmamento arquitectónico, amén de los gelatinosos comentarios del inefable Galiano en el Pis. Puestas una encima de otras, las páginas de periódicos publicadas sobre tan lúgubre asunto ya alcanzarían cuando menos la altura de las pobres torres.

Pues bien, con el peso virtual de todas esas páginas sobre mi cabeza y con la poco halagüeña noticia de que por debajo de las quebradas torres de Libeskind, Calatrava había sido elegido como arquitecto para poner sus habituales huesos u olas de hormigón en la estación de ferrocarril que había debajo de ellas, visité el pasado verano tan sagrado lugar.

Entendámonos, yo suelo llamar sagrados a los lugares que hombres valientes, ingeniosos o inocentes y de un modo no criminal, han regado ampliamente con su sangre, como por ejemplo, un campo de batalla. Ciertamente que la zona cero es el escenario de un crimen horrendo que no tiene nada que ver con un campo de batalla, pero de eso no son culpables los casi dos mil muertos que allí cayeron (por no hablar de los policías y bomberos que murieron por acudir en su ayuda) y es verdad que ha dado lugar con ello a una posterior y desconcertante guerra global que nadie entiende (aunque de la que muchos se aprovechan), pero que constituye ya una parte importante de nuestras vidas.

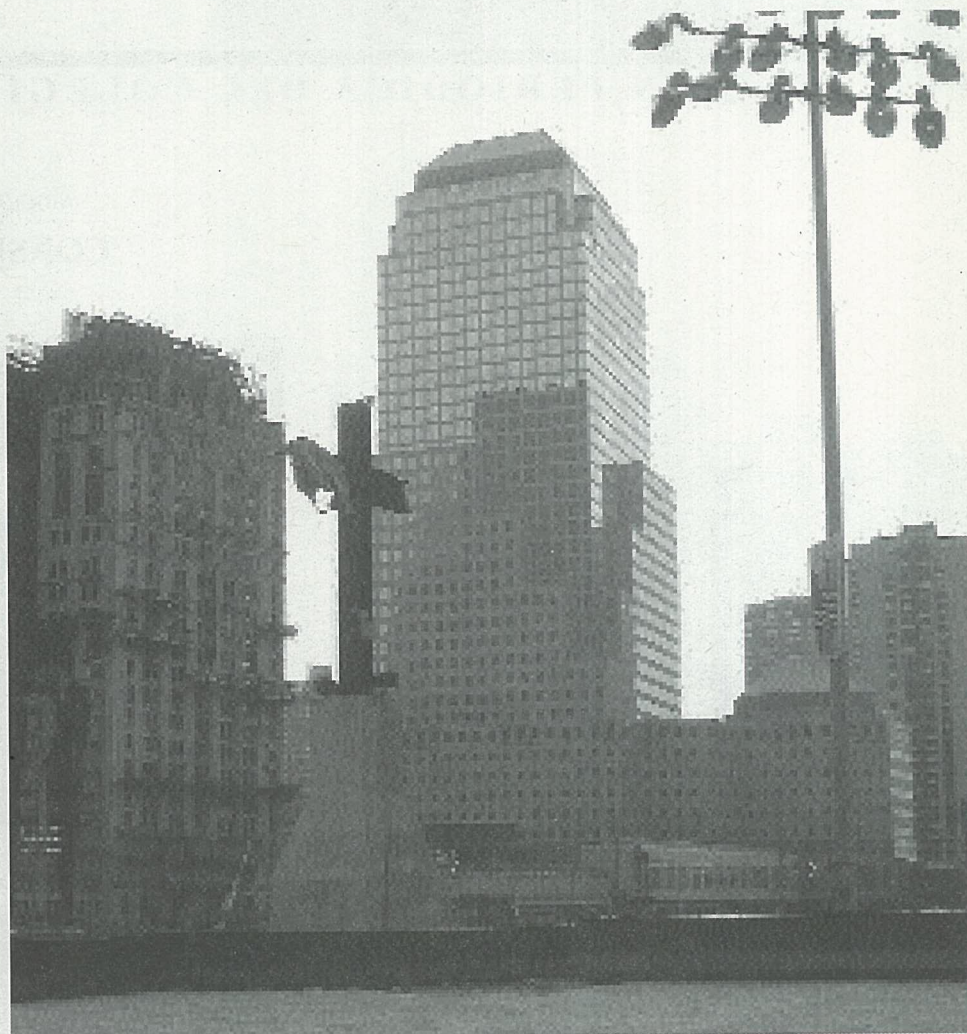
Bueno pues en ese lugar sagrado, pensé mientras me acercaba, la arquitectura del periodismo y del espectáculo va a hacer también de las suyas. Me acordé, como no, de la solemnidad de los monumentos de Lutyens que había visitado tres años atrás en los campos de tumbas de la Primera Guerra Mundial junto al triste río Somme al norte de Francia, y me dije que la arquitectura de mi tiempo era completamente incapaz de dar significado a un lugar así.

En efecto, me encontré que el único "monumento" por así decirlo, era una maltrecha cruz compuesta con los hierros retorcidos de los restos de algún pilar de un edificio caído, y que la grandeza del lugar era transmitida solamente por el enorme hueco de media docena pisos que quedaba abierto por debajo del nivel de la calle.

Pero hete aquí que cuando la "arquitectura" no sabe dar respuesta a las grandes preguntas que la historia plantea, aparece una vez más la dichosa "ingeniería" dándonos una soberbia lección, o por decirlo con palabras más duras, propinándonos a los arquitectos un sonoro sopapo de esos que nos merecemos por tontos e incapaces. Puesto que debajo de las torres había una gran estación de trenes y metro que alimentaba no sólo al desaparecido World Trade Center sino a toda la zona de Wall Street, los ingenieros habían sido llamados a ponerla en funcionamiento con eficacia y rapidez; de modo que lo único que podía verse desde los bordes del mencionado gran agujero eran los techos de la susodicha estación.

Bajé a verla por curiosidad y como le debí pasar a Mendelsohn cuando vio los silos de trigo de Buffalo, o a Le Corbusier cuando los reprodujo junto a los barcos, aviones y coches de los años veinte en Vers une Architecture, me quedé emocionado de su sencillez y elegancia. El orden sereno de los pilares metálicos vistos (que hubiera soñado Mies), el tejido preciso de las madejas de instalaciones sobre el techo, la correcta iluminación con esas lámparas que han hecho furor en todas las grandes tiendas de la zona comercial de Broadway, la seriedad del color gris claro que lo invadía todo, el suelo continuo de hormigón, perfectamente acabado y limpio como una patena, o cada uno de los rótulos, barandillas, cancelas, máquinas de billetería etc, daban al lugar una solemnidad (una verdad) de la que es incapaz el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de los arquitectos del mundo.

Hice pocas fotos porque la gran arquitectura nunca queda bien en las fotos, y además porque cuando te emocionas no estás para la habitual frivolidad de la fotografía. Aunque supongo que si cedí a la debilidad de hacer alguna foto debió ser porque en algún momento me acordé de que esa espléndida obra de la ingeniería (que yo llamaría con gusto, de la mejor arquitectura) iba a desaparecer pronto por Arte y desgracia de uno de nuestros grandes arquitectos (¡y encima español!) del periodismo, del boato hortera del poder en las democracias postmodernas y, ¡ay!, de las revistas de arquitectura.



PUENTES A MEXICO

juan diez del corral y josé miguel león

JDC.- Mi interés arquitectónico y urbanístico por México tuvo su origen en el curso de doctorado que impartió Unzueta en el Colegio de Arquitectos de Logroño hace ya unos cuantos años. Tratábamos el tema de la desarticulación de las periferias, -ese magma amorfo y difuso de construcciones anodinas mediante el que se extienden las ciudades, como si éstas no fueran ya mas que volcanes en erupción-, y con entusiasmo ingenuo o juvenil, el catedrático vasco, que tenía proyectado por entonces un viaje a México, creía ver en las grandes ordenaciones de las ciudades religiosas prehispánicas un modelo idóneo para insertarlo en las desdichadas periferias, y darles de ese modo algún tipo de referencia física. Recuerdo la divertida gesticulación que hacía con sus gruesos brazos de aldeano proponiendo, -zas, zas-, que con una gran avenida como la de Teotihuacan y un par de espacios como el juego de pelota o la ciudadela, cualquier ciudad difusa podría devenir concreta e identificable.

Mi interés se acrecentó cuando mis viejos compañeros de Bilbao hicieron poco después un viaje de estudios con el departamento de Historia de la Escuela de Arquitectura de Bellaterra, y me dijeron que la herencia española, la obra de Barragán y los mencionados recintos arqueológicos aztecas, eran gran cosa de ver y que no me los podía perder.

Ya había empezado a acariciar la idea de organizar un viaje con el COAR, cuando la propuesta que me llegó de intercambiar casa con el arquitecto Juan Lanzagorta de Guadalajara, Jalisco, durante el verano del 2003, aceleró mis planes y cumplió mis expectativas. La presencia por entonces del etnógrafo logroñés Luis Vicente Elías en la ciudad de Guadalajara significó un importante punto de apoyo para investigar y entender la región.

Resultó que el arquitecto Jon Lanzagorta era un arquitecto inquieto, dinámico y con grandes deseos de aprender y establecer puentes entre su país y la patria de sus mayores, así que en su viaje a Logroño -y dado que yo me tenía que ir a Guadalajara- le presenté a José Miguel León, quien hizo para él de cicerone de nuestra ciudad, de nuestra arquitectura y de la actividad de nuestro colegio profesional.

Frutos de nuestro doble encuentro fueron, por un lado, el interés de la Universidad del ITESO en Guadalajara en publicar mi libro "Manual de la Crítica de la Arquitectura", y por otro, la invitación a llevar la exposición de **La Arquitectura y el Comix** para exponerla en Guadalajara en el verano del 2004. En torno a su inauguración José Miguel León viajó allí este pasado verano y pronunció tres conferencias distintas sobre la propia exposición, **La organización colegial de los arquitectos en España, y Tres obras de Rafael Moneo en Logroño**.

La superposición de estos dos viajes, con todas las fotografías y anotaciones que allí hicimos, las conferencias pronunciadas por Josemi en Guadalajara, y el deseo de los arquitectos e interlocutores de Guadalajara de que estos contactos den pie a un puente más o menos permanente de relación entre Guadalajara y Logroño que pueda ser aprovechado culturalmente en cuanto haya oportunidad, nos han movido a redactar una serie de comentarios a modo de diálogo escrito que sirvan de información y enganche para todos aquellos arquitectos riojanos (o lectores de elhAll) que pudieran interesarse en aquel gran país. Comentarios que, de algún modo, vienen a ser continuación de la animada charla que sostuvimos sobre ello en la Comisión de Cultura del mes de septiembre.

JML.- En mi caso, la querencia por México, proviene del viaje que hice en el año 1978, fruto de un curioso sorteo. Ese año se celebraba en Ciudad de México el XIII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos, y la agencia de viajes que gestionó los desplazamientos y estancias de los arquitectos españoles regaló a cada Colegio de Arquitectos un viaje.

A diferencia de otros Colegios, el entonces Colegio de Arquitectos de Aragón y La Rioja decidió sortearlo entre todos los arquitectos que estuviesen colaborando en tareas colegiales sin recibir retribución por ello.

En aquellos momentos, yo era el Secretario de la Junta de la Delegación, y una mañana, mientras estaba visitando una obra, me llamaron desde Zaragoza para comunicarme que me había tocado un viaje a México. Noticia que, al desconocer las circunstancias anteriores, tomé en un principio por una broma con poca gracia, hasta que me convencieron que se trataba de una gracia y que no era broma.

Con este precedente, no será difícil imaginar mi agradable sorpresa, cuando el año pasado, veinticinco años después, y a raíz del interés de Juan Lanzagorta por llevar la exposición "Arquitectura y Comix" a Guadalajara (México), recibí la invitación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), una de las Universidades de Guadalajara, para asistir a la inauguración de la exposición y explicar su organización y contenido.

A ello contribuyó sin duda el acuerdo de la Junta de Gobierno del COAR cediendo la documentación informatizada para su reproducción en Guadalajara, así como la colaboración del **Colegio de Profesionales de la Arquitectura y Desarrollo Urbano de Jalisco**.

Pero Juan Lanzagorta, además de profesor en el ITESO, es Secretario del citado Colegio mexicano, y sobre todo un entusiasta militante de la arquitectura en todos sus aspectos, por lo que me propuso, a la vista de lo que conocí sobre el COAR en su estancia en Logroño, preparase una "plática" sobre el funcionamiento y organización de los Colegios de Arquitectos en España para exponerla ante miembros de los tres Colegios de Arquitectos existentes en el Estado de Jalisco.

Y, seguramente confundido por la amistad y el recuerdo de lo mucho que los dos hablamos un fin de semana paseando por los Cameros, me pidió que preparase otra "plática" sobre algún aspecto de la arquitectura contemporánea en La Rioja.

Motivado más por la idea de explicar la transformación de la ciudad desde la arquitectura, que por referirme a ella como objetos autónomos, le sugerí la posibilidad de hablar sobre la obra de Rafael Moneo en nuestra ciudad bajo el título "Construir la ciudad: 3 proyectos-obras de R. Moneo en Logroño". Quizás, medio en broma, medio en serio, operó en mi subconsciente el deseo de ofrecerle otra interpretación de la que tú, Juan, ya le habías transmitido en directo y a través de tu libro.

Obviamente soy el menos indicado para hacer un comentario sobre cómo fueron las "pláticas". Pero, en cualquier caso, guardo el agradable recuerdo del eco y audiencia que suscitaron.

Porque hay que tener interés para acudir un viernes, o un lunes, o un martes de finales de Agosto, aunque allí la gente ya había vuelto al trabajo, a las sedes del Colegio de Arquitectos de Jalisco, del Colegio de Profesionales de la Arquitectura y Desarrollo Urbano, o a la Escuela de

Artes, a escuchar a un arquitecto que viene de una ciudad española llamada Logroño y protagonizar animados coloquios con quien les hablaba, como arquitecto, de lo que nos es común y distinto a la vez.

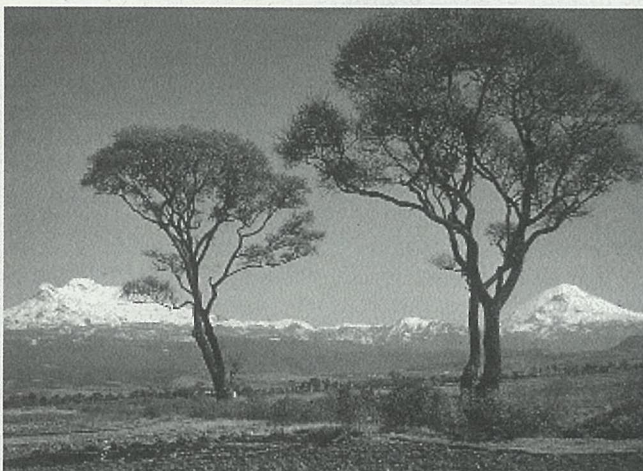
Lo común y lo distinto, lo próximo y lo distante fueron, por otra parte, referencias constantes a lo largo de un viaje sobre el que Juan Diez del Corral, me propone "platicar" juntos.

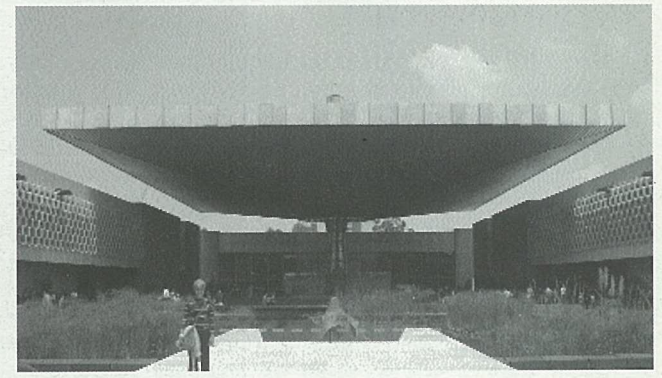
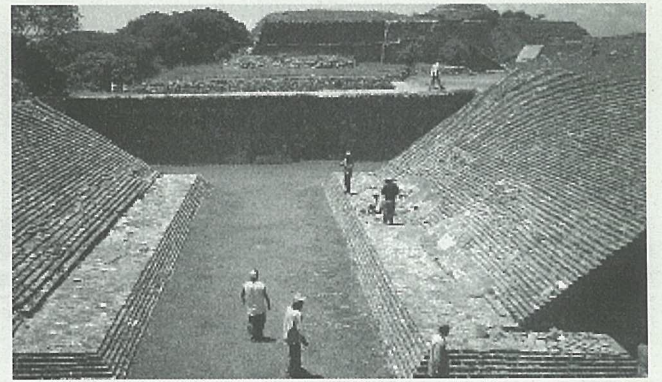
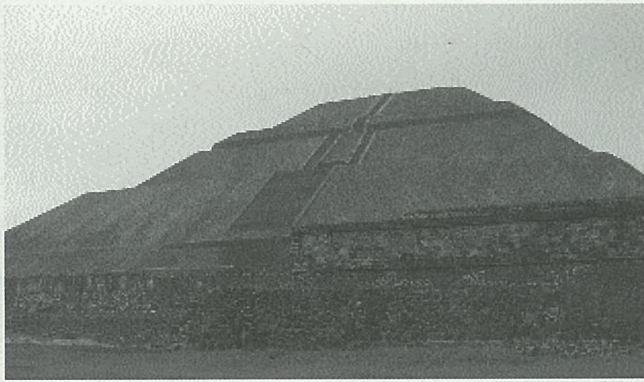
JDC.- Como todo arquitecto viajero, yo estudio a fondo **los contenidos del viaje** antes de salir. Pues bien, en el caso de México he de empezar diciendo que me costó mucho prepararlo. Hay países, geografías, ciudades o arquitecturas que, o bien porque las llevamos mucho tiempo estudiando, o bien porque están bastante acotadas, no ofrecen mayor problema en cuanto a documentación y referencias. Pero en el caso de México a mí todo se me hizo muy complicado y confuso porque es un territorio poco unitario y porque la conquista española, que parece cortar su historia en dos mitades absolutamente distintas, nunca ha sido un tema sobre el que nos hayamos ocupado con mayor interés, acaso por las versiones tan contradictorias y apasionadas que siempre hemos oído.

Como en la mayor parte de los preparativos de viajes que hacemos en estos tiempos abusé de esas Guías turísticas que tanto proliferan en las librerías, cuyo estilo laudatorio consigue aplanar cualquier cosa que tocan: todo es fantástico, estupendo, inigualable o único en su género. Midiendo todo por el mismo rasero de su indudable interés turístico, a los pocos días de empezar a estudiar lo que hay que ver, se te produce un mareo monumental.

Por suerte, tenía yo en casa un viejo y raro ejemplar de un libro de mi tío Luis Diez del Corral, titulado **Del Viejo al Nuevo Mundo**, editado por Revista de Occidente en el año 1963, que cuenta dos largos viajes que hizo en 1955 y 1956 por las Américas y el extremo Oriente; y aunque su prosa pulcra y algo decimonónica nunca me había atraído como lectura de entretimiento, confieso que esta vez me sentí verdaderamente fascinado por su estilo y por sus contenidos (¡cuán cierto es eso de que también cada libro tiene su momento apropiado!). No importaba que mi tío entrase directamente a México DF en avión procedente de La Habana porque inmediatamente pliega su texto al recorrido de Cortés entre Veracruz y México recordándonos de la mano del simpático cronista de la conquista Bernal Díaz del Castillo, algo que tanto allá como aquí parece haberse olvidado a todos y es que aquel país, y no otro del vastísimo territorio conquistado, fue llamado, desde la toma por Cortés hasta su independencia de la corona española, como **Nueva España**.

La panorámica que puede encontrarse en ese libro te centra a la perfección en ese significativo recorrido de Este a Oeste o del Atlántico al Pacífico, que desde Veracruz pasa junto al Gran Orizaba para recalar en Puebla, Cholula o Tlascala y cruzar el magnífico paso de Cortés entre los dos grandes volcanes Popocatepetl e Iztaccihualt en la ruta hacia la gran ciudad de Tenochtitlán (México DF), capital de los aztecas. La importancia significativa de esa ruta, me dejó una huella imborrable en ese mapa que hasta entonces me resultaba confuso. Ruta que se prolonga hasta Guadalajara y los territorios más occidentales (Nueva Galicia) de la mano de Nuño de Guzmán, uno de los personajes que le trajo de cabeza a Cortés, y a todo indígena también, por la mala fama con que aún se le recuerda. Curiosamente, ese tajo histórico,





que no geográfico, fue para mí el mejor asidero para adentrarme en México. Y creo que si renuncié a la idea de bajar hasta Oaxaca en los límites con los territorios selváticos, o a subir hacia San Luis de Potosí o Zacatecas en los límites con los desiertos del norte fue por no salirme mucho de él en un primer recorrido.

Como en las animadas tertulias con la gente de México no pueden obviarse en ningún caso los temas de la conquista española, un amigo de Lanzagorta, el también arquitecto **Rodolfo Rodríguez** me regaló una extensa y detallada biografía de Hernán Cortés (cuyo autor es José Luis Martínez y su editorial el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Autónoma de México) que devoré a la vuelta del viaje y con la que, también de la mano de las siguientes y alocadas expediciones de Cortés u otros aventureros y administradores, viajé con la imaginación a la Baja California o a los Mares del Sur y a todos y cada uno de los lugares significativos de ese gran país. Pero de esos lugares no puedo hablar más que por referencias.

JML.- Comprometido y encantado con acudir a Guadalajara a finales de Agosto, **la idea de viaje** que yo tenía era la de recorrer una parte del "espino" de México, desde Oaxaca a Guadalajara pasando por Puebla, Cholula, Tlaxcala, Ciudad de México, Taxco, Pátzcuaro y Zacatecas. Un itinerario que no pretendía seguir la historia o una historia, pero sí encontrarlos, mezclada y superpuesta, como corresponde al acontecer histórico. Que enlazase el recuerdo de diversas culturas prehispánicas con la nueva organización del territorio a partir de la colonización. Que cruzase literalmente, como así sucede en realidad, los restos de los antiguos asentamientos aztecas, toltecas o tarascos con las ciudades virreinales. Ciudades de planta regular, levantadas sobre los restos de las que ya existieron o que fueron planificadas ex novo, ciudades en laderas de fuertes pendientes construidas al servicio de las explotaciones mineras.

Ciudades que, en algunos casos, se han convertido en las grandes metrópolis de los asentamientos de aluvión migratorio.

Pero también, un itinerario por el paisaje del altiplano, con los volcanes siempre presentes, no en vano seguiríamos de cerca la Sierra Volcánica Transversal, desde el Orizaba al Parícutin.

JDC.- En cuanto **arquitectura**, todo lo que miré por mi parte antes del viaje fue ese pesado compendio de toda Latinoamérica escrito por Manuel Gutiérrez, editorial Catedra, que también usé para el viaje a Cuba, y que va constantemente saltando de país en país y de época en época, dejándote siempre con las ganas de una visión más sintética y crítica. Lo que me supo mal fue venirme de México sin traerme el espléndido libro sobre arquitectura del siglo XX que descubrí en casa de Lanzagorta y cuyo autor o coordinador es Fernando González Cortazar. Lo busqué en un montón de librerías, desde la del colegio de arquitectos de México hasta en las librerías de viejo en Guadalajara, pero me vine sin él.

Bueno, y ya que he llegado a la arquitectura vamos a quedarnos con ella si te parece intercambiando comentarios sobre esos lugares tan significativos que México nos ofrece. Por ejemplo, **Teotihuacán**.

JML.- No sé que me volvió a sorprender más en Teotihuacán, lugar en el que ya había estado en mi primer viaje, si el espacio urbano que constituye la gran calzada, bordeada de edificios cívicos-religiosos y su recorrido secuencial, con los cambios de perspectivas motivados por el tratamiento de los desniveles, plataformas, etc. o el imaginarme lo que debió ser esta ciudad que albergó a

más de 100.000 habitantes en sus momentos de esplendor.

A la vista del plano de lo que se conoce de la ciudad, fruto del estudio de los restos arquitectónicos y de las excavaciones realizadas, se percibía la densa ordenación en retícula, de lo que allí veíamos tapizado por la hierba, pero sobretodo uno comprendía la verdadera escala urbana de la Calzada de los Muertos, de las Pirámides o de la Ciudadela.

El paseo, un domingo por la mañana, recién abierto el recinto arqueológico, nos permitió sentirnos, durante un buen tiempo, privilegiados poseedores de un espacio perfectamente explicado en el significado de su nombre, Teotihuacán, "lugar donde nacieron los dioses".

JDC.- Efectivamente la mayor sorpresa del visitante arquitecto en Teotihuacán es encontrarse que esa gran avenida que ya había visto en las plantas y fotografías previas al viaje, no es un espacio continuo sino un espacio secuencial, fragmentado por bruscos desniveles. No son los Campos Eliseos aztecas, ni mucho menos. Más recuerdan a ese invariante castizo del que hablaba Chueca Goitia, y que llamaba "espacio fragmentado" o "diafragmado". Gracias a esas rupturas de nivel en la gran "avenida" logras escapar de la sensación de guiri que te invade entre los miles y miles de turistas que llegan allí diariamente, aunque yo también tengo una anécdota de mi visita y es que una espectacular tromba de agua lo dejó vacío a eso de las cuatro de la tarde y cuando volvimos a salir del refugio donde nos habíamos guarecido pudimos contemplar la gran pirámide en absoluta y completa soledad.

Otra cosa que sorprende es el sistema constructivo de las pirámides por capas crecientes, aunque eso donde mejor se ve es en las ruinas del Templo Mayor de Tenochtitlan (México DF), según el cual, una vez que la pirámide nace pequeña, ya está configurada y no se construye de abajo arriba, sino que simplemente crece orgánicamente.

JML. Otro edificio inolvidable del viaje a México es el **Museo de Etnografía de Chapultepec**. Diseñar un museo en el que se dispongan las piezas con acomodo, en el que su esquema organizativo te permita que cuando te sientas cansado, puedas sentarte al aire libre al lado de un estanque, o que su recorrido te permita elegir en cada momento un itinerario lineal o entrar y salir constantemente, fruto de una personal selección, no debe ser nada fácil.

El Museo de Etnografía, obra de Pedro Ramírez, Jorge Campuzano y Rafael Mijares, es para mí el mejor ejemplo de la modernidad de los 50 que conozco en México. La claridad tipológica con la que se organiza para resolver las cuestiones anteriores y otras más (la casa-patio elevada al rango de museo) se conserva absolutamente fresca y contemporánea.

Sus juegos duales, espacio cubierto con el agua que cae por el centro de la gran marquesina que te recibe a la entrada del patio dialoga con espacio descubierto en el que una "alberca" contiene un jardín lacustre de reposadas aguas, el movimiento junto al reposo, el uso del espacio soleado y el control de la sombra, la composición de masas opacas y espacios diáfanos, el patio central y los jardines exteriores, etc. forman parte de una arquitectura, aparentemente sencilla, hecha de sutilezas.

¿Y el contenido?, ¿Qué debieron pensar aquellos aventureros, a los que llamaron conquistadores cuando vieron en Tenochtitlan, la ciudad de México prehispánica, la imponente figura azteca de la Coatlicue o en el Yucatán una elaborada máscara funeraria maya hecha de piezas de jade?.

JDC.- Pues yo creo que lo mismo que pensamos ahora cualquier occidental: que se habían metido un balde de mezcal, de peyote, o de cualquier otro brebaje alucinógeno ¿no? Hombre, luego te das cuenta que más allá de los brebajes hay diferencias obvias de mentalidad, pero ya sabes que si nuestra primera lectura es la racional, la de los conquistadores era la teológica y que para ellos toda aquella imaginación retorcida no podría ser otra cosa que el producto de la adoración a dioses falsos.

De todos modos los excesos de la imaginación (no sé muy bien si por el mezcal, el peyote, la coca, o..., ja ja por, la ausencia de una crítica rigurosa...) siguen siendo una constante en cierta arquitectura mexicana verdaderamente estrambótica. El "chalet" del presidente del PRI, ciertos edificios que te encuentras por las colinas de Chapultepec, o la arquitectura monumentalista de Zabudowsky, la verdad es que parecen estar aún en una onda bastante ajena a la medida del racionalismo occidental.

Aunque a veces, por supuesto, esa desinhibición creativa pueda ciertamente producir edificios tan originales y brillantes como el Museo Etnográfico de México o como algunos de la Ciudad Universitaria ¿no?

JML.- Hablar de la **Ciudad Universitaria** es hablar de la influencia del racionalismo en los planteamientos urbanísticos y arquitectónicos en el México de los años 50, pero también del eco de la cultura prehispánica presente en el tratamiento de los espacios públicos y ceremoniales, y cómo no, de aquella actitud, nacida de una didáctica artística revolucionaria, desarrollada por los grandes muralistas y que se concretó en la corriente de la "Integración Plástica".

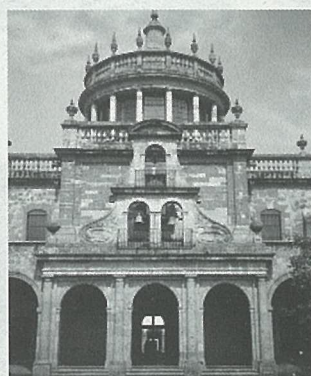
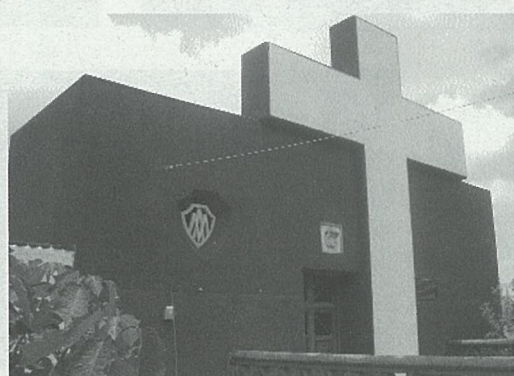
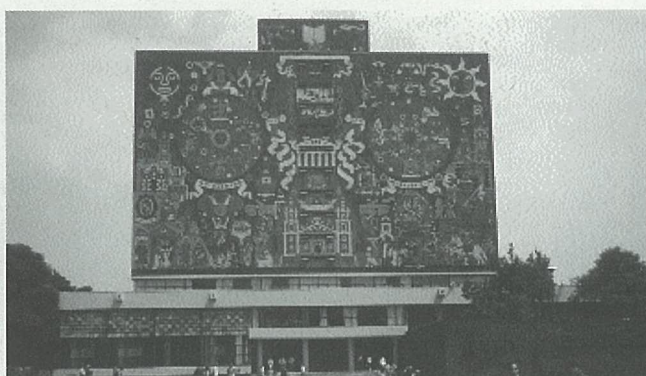
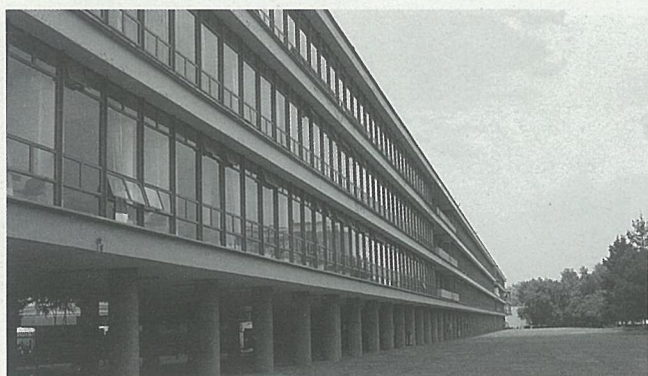
La claridad y rotundidad de su arquitectura se manifiesta en la compensada articulación de los volúmenes de la Rectoría, en el sólido edificio mural de la Biblioteca, en la perspectiva, casi infinita, del edificio de Humanidades, un edificio de más de 300 m. de longitud con tres plantas acristaladas sobre pilotis, en el ritmo sinuoso y quebrado de la Facultad de Medicina u Odontología, que ya no sé cuál es cada qué, etc.

El conjunto se beneficia de la proximidad y distancia entre cada edificio, pero sobre todo del tratamiento del plano sobre el que, literalmente, descansan. Pavimentos, parterres, escalinatas, plataformas, estanques, zonas de hierba y arboladas parecen tener la misión, y desde luego la cumplen, de situar cada edificio en su sitio.

Podríamos hablar también del encuentro de ese espacio pavimentado con piedra volcánica con los taludes que dan la forma al Estadio Universitario, situado al otro lado de la Avenida Insurgentes.

O de los edificios del Centro Cultural de la C. U., que visitamos con uno de sus autores, Arcadio Artís, amigo de mi época de Barcelona. Además de lo sugerente de sus espacios interiores, especialmente los de la Sala de Concursos, su formalización en hormigón visto, con un denso acabado estriado, constituye un acertado contrapunto al frondoso entorno verde que ha crecido sobre un fondo de lava.

JDC.- Efectivamente, la Ciudad Universitaria es un crisol donde confluyen de modo consciente y brillante muchas de las fuentes de inspiración de la cultura universal con la local o de los tiempos prehistóricos con los históricos. Pero es una mezcla tensa y controlada por las ilusiones y esperanzas de unas décadas muy concretas (años 50 y 60) en las que México podía asomarse al escenario mundial de la cultura sin los complejos de país del tercer mundo que ahora le apesadumbran. Los fenómenos de invasión urbana o la metástasis de las grandes metrópolis han dejado aquello como un episodio tan singular



que nunca más apropiadamente se podrá hablar de "ciudad" universitaria como si de un recinto o "ciudad aislada" se tratase.

JML.- Mi hija Aurora y yo teníamos comprometido nuestro rito de peregrinación a la obra de Barragán, bueno, ella más que yo. Lo complicado que resultaba llegar a algunas de ellas, dado lo lejos que se encontraban, y las lamentables actuaciones que se han realizado sobre otras nos obligaron a contentarnos con lo que hubo, que no fue poco. Algunos edificios de la etapa racionalista, la casa-estudio Barragán y la casa Gilardi en Ciudad de México, y varias otras casas unifamiliares, una iglesia y lo que queda de un parque de su primera época, en Guadalajara. Lástima que por poco no vimos la Capilla de las Capuchinas en el barrio de Tlalpan en C. de M.

Debo decir que por mucho que, a través de las imágenes de diversas publicaciones y exposiciones, creía conocer dos de sus casas más emblemáticas, en su visita me llevé una muy grata sorpresa. Y nada más lejos de mi actitud que "sacralizar" la figura de Don Luis Barragán, empeño en el que creo, erróneamente, están fundaciones y escuelas.

En su casa-estudio de Tacubaya, el espacio te envuelve, te hace girar por el estar, esa magnífica pieza en la que un paño acristalado, dividido en cruz por una fina carpintería, prolonga y contiene a la vez el espacio hacia el patio, te desplaza a la zona de estudio y lectura, te hace ascender por la conocida escalera de tabloncillos de madera volados, atravesar distribuidores y habitaciones, y subir a la azotea, en la que Barragán dispuso, junto con sus expresivos muros de colores, del mejor techo posible, un fragmento de cielo.

En la casa Gilardi, aquella imagen fija de la piscina interior con un muro de color rojo sosteniendo el techo para que entre la luz cenital, se nos transformó en "una promenade arquitectural" usando las palabras de Le Corbusier. El amplio pasillo amarillo iluminado por una celosía lateral de machones verticales da paso a la sala-comedor, en la que el pavimento pétreo, dispuesto en su primera mitad, se convierte en un plano de agua en el resto, y la luz cenital sobre la "alberca", que da vida al espacio con sus brillantes reflejos, juega, sin competir, con la que entra desde el sereno patio situado a espaldas de la sala. A través suyo el espacio interior se disuelve entre los límites de sus muros y la presencia florida de una jarcaranda.

Quizás lo más sorprendente y emocionante de la visita a ambos edificios fue percibir, por encima de lo sugerente del empleo de vivos colores en los muros, el espacio en toda su pureza.

Unos edificios, por otra parte, que fruto de su organización tipológica tienen una relación, especialmente el primero, casi hermética con la calle. Aspecto duro de aceptar para quienes creemos que la calle es un espacio social por definición y sus protagonistas son en gran medida los edificios y la vida que ellos transparentan. Quiero entender este planteamiento como parte de esa constante y extrema dualidad que hemos encontrado en México. El espacio de reposo y de intimidad en las casas de Barragán es el reverso de la sensación de densidad, eferescencia, tensión que se respira en tantas calles y plazas de la ciudad.

JDC.- Como sabes que en este asunto mi lectura es mucho más dura y radical, prefiero dejarlo para el final, y que sigamos de momento con otras cosas.

JML.- Sé que no podemos hablar de toda la arquitectura de México D.F., y los edificios en los que nos hemos

detenido trascienden su papel arquitectónico para convertirse en referencias de determinados momentos sociales y culturales. Pero ello lo hacen sobre un magnífico fondo de arquitectura art déco, racionalista, estilo internacional, de inspiración tradicional o prehispánica, etc., que forman parte, a veces, de barrios con una gran calidad urbana, como las Colonias Roma, Condesa, Hipódromo..., aunque a veces no se encuentren en su mejor momento por su abandono o transformaciones.

Y todo ello sin haber mencionado ni un solo ejemplo de la arquitectura civil correspondiente al virreinato, ni de conventos e iglesias, en los que el barroco triunfó con todo el esplendor mexicano, ni comentar lo determinante de la construcción y disposición de alguno de ellos en la organización de la ciudad.

Por otro lado el habernos movido en un sector del tejido urbano de Ciudad de México con incursiones periféricas, y eso significaba distancias kilométricas y horas de desplazamientos, nos propició una mayor cercanía con la arquitectura realizada hasta los 80, aunque al lado de La Alameda la "reforma urbana" empujaba fuerte para crear otra zona de oficinas.

Sin tener una mirada excluyente, no me atraía especialmente lo que conocía, a través de diversas publicaciones, sobre esa arquitectura ¿contemporánea? abundante en gestos exagerados. Sí vimos, de pasada, alguna obra de Enrique Norten (Televisa), y nos quedamos con ganas de haber visitado el Hotel Camino Real, una obra relativamente temprana de Ricardo Legorreta, y seguramente de habernos alojado en él, pero ni el tiempo ni el presupuesto daban para tanto.

JDC.- Vamos con Guadalajara.

JML.- Días después de volver de México, recordé haber visto alguna imagen de la ciudad de Guadalajara en el libro "Diseño de la ciudad" de L. Benévolo. Efectivamente, en el tomo 4, encontré una reproducción del plano de la ciudad en 1850 y una vista aérea de la misma sin fecha, pero que me atrevería a situar a principios del siglo XX.

Ambas imágenes me devolvieron al paseo que realizamos por su Casco Antiguo y especialmente a las dos operaciones urbanísticas más significativas realizadas en su zona central, la creación de las "4 plazas" en torno a la Catedral, y la apertura del corredor "Paseo Degollado" y de la "Plaza Zapata", continuando una de aquellas, desde el Teatro Degollado hasta el Instituto Cultural Cabañas.

La primera, realizada en la década de los 50, se apoyó en la existencia de dos plazas, una frontal a la Catedral y a la que da el Ayuntamiento y otra al Sur, en diagonal en torno a la Catedral, para abrir otras dos, una al norte, a la que da el Museo Regional, y otra a espaldas del templo, hasta la fachada del Teatro Degollado. Si bien la idea en abstracto plantea una atractiva relación geométrica en damero entre espacios libres y edificios arquitectónicos y socialmente significativos, la escala de la última plaza resulta excesiva y el vacío o sus bordes edificados no son capaces de ligar los dos edificios principales, Catedral y Teatro.

Pero es la segunda de las operaciones, la de apertura de un gran espacio longitudinal a modo de corredor comercial, la que supone a mi juicio un error de planteamiento y de escala respecto a la configuración y uso de la ciudad. La intervención hizo desaparecer toda una franja de manzanas para sustituirlas por un desangelado espacio enmarcado a ambos lados por dos líneas de edificios que dan la sensación de ser más escenográficos que reales y cuya misión parece ser la de "tapar" los frentes

de las manzanas que quedaron al descubierto. A su uso "comercial" y administrativo, así como a la presencia de los habituales "centros comerciales" parece ser se confiaba el generar vida urbana.

Paradójicamente, después de pasear por este extraño lugar, nos acercamos a ver el Mercado Libertad, situado en sus inmediaciones, con la agradable sorpresa de encontrarnos, como ya habíamos constatado en otros lugares, con una vibrante ciudad dentro de la ciudad. La presencia de la gente contrastaba tanto con la escasa afluencia de compradores en la zona que habíamos dejado como lo colorista y abigarrado de sus puestos lo hacía con el frío orden de los centros comerciales.

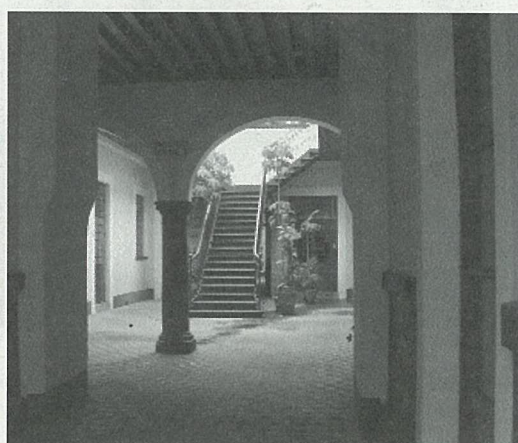
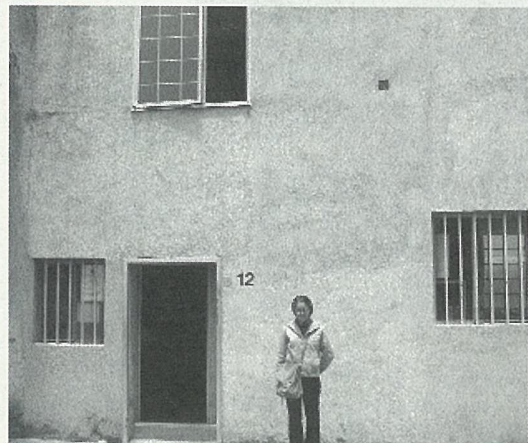
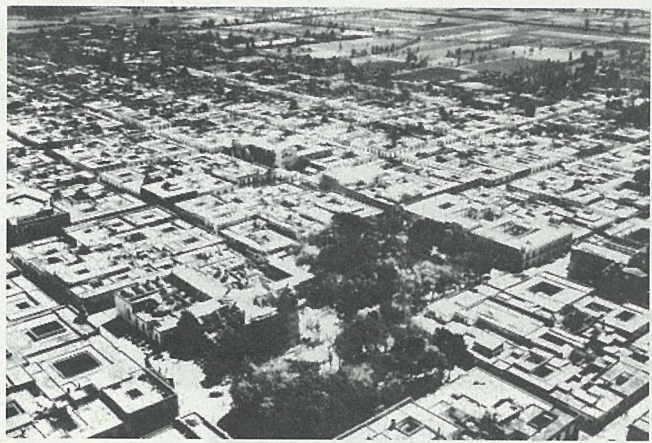
Quizás, al margen del interés arquitectónico del mismo, su enorme tamaño y su situación cercana a la densa Calzada Independencia y a espaldas de un Centro Comercial, plantean toda una serie de problemas de relación con su entorno que contribuyen a dar una cierta sensación de zona desestructurada.

He dejado para el final de este paseo crítico desde el recuerdo una referencia al Instituto Cultural Cabañas, situado al fondo de la Plaza Tapatía, resiste con dignidad los embates y secuelas de esta intervención gracias a la claridad y elegancia de su arquitectura neoclásica, y en su interior los magníficos y dramáticos murales de Orozco pintados sobre los muros y bóvedas de la Capilla Mayor son el contrapunto del silencio que uno percibe recorriendo sus numerosos y hermosos patios.

Una vez más todo se mueve entre dos extremos.

JDC.- A propósito de ese impresionante edificio que es el Hospicio Cabañas de Guadalajara donde se colgó la exposición de la Arquitectura y el Cómic, y donde tu, Josemi, te sentirías como en tu salsa después de todos años que te has pasado con la Bene de Logroño en tu mesa de trabajo, me gustaría recordar un párrafo del libro de mi tío en el que compara la impresionante herencia arquitectónica que dejó la corona española en México con los pocos y modestísimos edificios de ladrillo que dejó el colonialismo inglés en Norteamérica antes de la independencia. Desde las grandes catedrales del siglo XVI en Puebla, México o Guadalajara cuya arquitectura está en absoluta continuidad con las de Herrera en Valladolid, Diego de Siloé en Granada y Andrés de Vandevira en Jaén, hasta los grandes edificios neoclásicos previos a la independencia como el Palacio de la Minería en México DF o el Hospicio Cabañas en Guadalajara, pasando por las espléndidas iglesias y palacios de Virreyes o Gobernadores, lo cierto es que la comparación entre una y otra actividad colonizadora ofrece un resultado que, en términos deportivos, se podría decir que escandaloso. La razón es bastante profunda porque mientras los alemanes, holandeses o ingleses que desembarcaban en Norteamérica eran colonos, los españoles eran, sin embargo, conquistadores de toda una civilización y una cultura, cuyas construcciones, aunque de factura protohistórica, eran de una tamaño colosal.

Desde la visión coleccionista que surgió en el mismo siglo de las independencias no ha parado de criticarse que las catedrales se hicieran arrasando los templos primitivos, pero eso es como poner la categoría de la Historia a la altura de los Dioses por los que luchaban los conquistadores. Mi tío cuenta muy bien que los españoles desdeñaron las tierras de Norteamérica en expediciones anteriores a las inglesas porque allí no había mezquitas que arrasar para poner en su lugar a su Dios verdadero, pues la conquista de América no fue otra cosa que la consecuencia de una mentalidad forjada en los ocho siglos precedentes de reconquista al musulmán del suelo hispano.



El salto desde unas grandes civilizaciones protohistóricas con ritos que incluían sacrificios humanos y tecnologías desconocedoras de la rueda, a una civilización occidental que ya había salido de la Edad Media y se adentraba en la modernidad tras la eclosión renacentista, a veces da la sensación, estando México, que aún no ha sido asimilado del todo.

Y nuevamente, si se compara el legado arquitectónico dejado por la conquista española con la arquitectura provinciana de inspiración francesa del siglo XIX, el resultado también nos es "escandalosamente" favorable. Por no hablar de lo que vino en el siglo XX: esa inspiración americana de "descomposición" y suburbanización que en Guadalajara llega a afectar hasta el mismo corazón de la ciudad.

Así que no deja de ser significativo que el puente que hemos tendido este verano con aquellas tierras se haya apoyado justamente en el pilón del Hospicio Cabañas.

JML.- Con menos información sobre la arquitectura y el desarrollo urbano de Guadalajara que de Ciudad de México, la guía sobre la obra de **Barragán**, nacido en aquella ciudad y en la que desarrolló la primera etapa de su trabajo, y el libro de nuestro común amigo Juan Lanzagorta sobre el arquitecto **Rafael Urzúa**, me permitieron conocer una parte de la ciudad de gran calidad arquitectónica y urbana.

Sobre la base de los "fraccionamientos", en el Sector Juárez se desarrolló a partir de los años 20 una serie de urbanizaciones de viviendas unifamiliares aisladas o con edificios alineados de baja altura, en las que se encuentran un buen número de interesantes edificios construidos a lo largo de la primera mitad del siglo XX e incluso avanzados los 60. En ellos se ven reflejadas las corrientes arquitectónicas de aquellas décadas, eclecticismo neocolonial, art-déco, racionalismo, estilo internacional y especialmente atractiva aquella tendencia, que tuvo su expresión local entre los años 20 y 40, llamada "escuela zapatista" y cuya obra suponía una reinterpretación de la arquitectura regionalista desde una actitud moderna.

Las casas González Luna y Cristo, ambas obras de Barragán edificadas hacia 1929, constituyen un temprano y bello ejercicio de articulación de los espacios interiores, que se prolonga en los patios y jardines exteriores, y a cuyo servicio pone la sobria utilización de un repertorio formal proveniente de la arquitectura colonial-regionalista, porches con arcos de medio punto, pequeños templetos con fuentes y estanques, cubiertas planas o rematadas con bolas y pináculos, carpinterías de vivos colores, etc.

Debo decir que tuve el privilegio, no sólo de visitarlas sino también de coincidir en ellas con nuestros colegas de Guadalajara en dos ocasiones, ya que la casa G. Luna es propiedad y sede del ITESO y la casa Cristo es la sede del Colegio de Arquitectos del Estado de Jalisco, y en ambas desarrollé sendas conferencias.

En su publicación sobre Rafael Urzúa, Juan Lanzagorta plantea la tesis de que la autoría intelectual de la primera "... pertenece, en forma compartida a Barragán y Urzúa...". Es perfectamente creíble, tanto porque el segundo colaboró en el estudio del primero, como por la continuidad de planteamientos en otras obras de Urzúa.

De éste último es la espléndida casa Luis Farah (1936), que coincide con las anteriores en planteamientos y soluciones formales, así como otras muchas distribuidas por las calles de esta zona.

Junto a estos edificios y otros de similares características encontramos obras de los mismos arquitectos, en las que ya se ha producido el cambio al lenguaje racionalista, las casas de las calles Rayón y Marcos Castellanos (1934) de Luis Barragán, pequeño grupo de 5 viviendas unifamiliares entre medianerías o la casa para Rogelio Rubio (1935), con una expresiva y rotunda solución en esquina, que redondea en planta baja y remate de cubierta mientras la planta primera se retrasa ortogonalmente.

El sector residencial Juárez, o por lo menos el ámbito por el que nos movimos, mantiene en estos momentos un difícil y a la vez atractivo equilibrio entre el habitual proceso de densificación, con la sustitución de muchas de las villas originales por nuevos edificios de mayor tamaño, algunos reflejo de un buen hacer arquitectónico, y la sensación de un cierto abandono melancólico que se respira por sus calles.

JDL.- El capítulo **Barragán** constituye para todo arquitecto uno de los puntos básicos del viaje a México. Los orígenes en Guadalajara en esas primeras décadas de búsqueda de estilo; el cambio de residencia a México DF montado ya en la ola del estilo internacional; y por último, la etapa de una arquitectura madura en la que afloran el color y ciertos patrones esenciales de la arquitectura vernácula, serían los epígrafes sobre los que se organizaría la visita.

Pero dentro de todo ese capítulo, y como tu bien has dicho, su casa en Tacubaya ha sido convertida poco menos que en un santuario de fervor religioso al más puro estilo mexicano aunque, por supuesto, con una estética diametralmente opuesta a la guadalupeña. Vitra ha comprado la exclusiva de las imágenes y el peregrino arquitecto, como el musulmán con sus zapatos a la puerta de la mezquita, se ve obligado a dejar la cámara en la oficina de la entrada. El recorrido por los espacios sencillos pero laberínticos del interior con todo tipo de sorpresas en las proporciones, descubriendo la realidad de las imágenes mil veces publicadas en libros y revistas, al son de la letanía que el joven miembro de la orden barraganiana va prodigando en cada estancia, es toda una experiencia tan religiosa de la arquitectura que, como ya te he contado, estubo a punto de crispar mis nervios. Por eso que, para desahogarme, la emprendí con el exterior, y dentro de un largo artículo sobre la degradación urbana que acaba de aparecer publicado en el número 62 de la revista Archipiélago redacté unas líneas que me parece oportuno traer a esta conversación:

"Para acabar este sucinto repaso de deterioro urbano, quisiera mencionar a modo de ejemplo significativo, la contribución a la miseria de las calles de un arquitecto mundialmente admirado por su "arquitectura": el mexicano Luis Barragán.

En el año 2003 tuve la oportunidad de visitar tres ciudades mejicanas, Puebla, Guadalajara y México DF, siguiendo la pista de la "herencia urbanística española". Mientras que en el centro de Puebla y en buena parte de su casco urbano, la calle sigue siendo el espacio de representación social al que se asoma la arquitectura, es decir, mientras que Puebla aún posee un rico legado español, Guadalajara se muestra actualmente como una ciudad fea y hostil, en la que las casas han desaparecido de las calles, no sólo en su inmensa conurbación, sino incluso en su muy deteriorado centro. La diferencia entre uno y otro modelo de ciudad es del todo evidente, pero la historiografía urbana no parece haber detectado los

puntos significativos de inflexión entre uno y otro.

Al visitar la famosísima casa del arquitecto Luis Barragán en el barrio de Tacubaya en México DF creí encontrar por lo menos uno de esos puntos. En un barrio sencillo de casitas de dos o tres plantas, en el que la vida podría aún tener el calor y el color de un mundo ordenado por casas y calles, el venerado artista mexicano se construyó una casa del tamaño de un palacio cuya fachada bien podría pasar por la de un suburbano pabellón industrial. Nadie que yo sepa ha criticado con la dureza que se merece tamaña orientación arquitectónica.

Así que el infradiseño de las calles no es cosa sólo de ingenieros. Sino también de los más consagrados arquitectos".

Ya sé que la gente no está acostumbrada a entender que la crítica sea también un puente entre los hombres y sus culturas pero con todo lo que yo suelto y con toda vuestra paciencia en leerme, tu y los compañeros del Colegio de La Rioja ya empezáis a aceptarlo y hasta a hacerlos a la idea de que así es. De todos modos y para los que prefieran otro tipo de estructura en estos puentes culturales que tratamos de tender entre España y México (país que a mí me empieza a gustar llamar otra vez Nueva España, o acaso mejor, Vieja España), y más concretamente entre Logroño y Guadalajara, te dejo a ti las últimas palabras.

JML. Durante la semana que estuve en Guadalajara disfruté de la hospitalidad y aprecio de quienes organizaron las charlas que dieron origen a este viaje, y de quienes asistieron a ellas. Y cómo no, después de las "pláticas" seguimos charlando de más de lo mismo, en torno a una comida, o con un "tequilita" en la mano, y de forma recurrente, acababan planteándome su interés por el desarrollo de ciudades como Logroño o próximas a ella, en parte, quizás porque muchos de ellos tenían alguna relación familiar con las tierras del norte de España.

Como si creyesen que yo sabía de todo un poco me preguntaban sobre las intervenciones en los Cascos Antiguos, sobre la relación de tal o cual ciudad con el río, o la ría, o el mar, o sobre el papel de los nuevos edificios "generadores de atracción social", etc. Por mi parte, yo les planteaba mi sorpresa por el fenómeno de los "asentamientos irregulares", extensas ocupaciones de suelo urbano? por la emigración rural, y el interés por conocer cómo se trabajaba con ese problema social y urbano, o cómo estaba afectando al desarrollo y configuración de las ciudades mexicanas el modelo del vecino americano, "tan peligrosamente próximo", en palabras de ellos.

Esta especie de preocupación cruzada, en el sentido geométrico de la palabra, por la ciudad nos llevó a Juan Lanzagorta y a mí a plantearnos un plazo de reflexión y elaboración para proponernos y proponer a nuestros respectivos Colegios e Instituciones, y a otros que por su proximidad e interés de lo que en sus ciudades se está desarrollando, un proyecto de encuentro sobre la Ciudad y la Arquitectura, donde pudieran tener cabida temas como los citados, que conocidos por unos tienen interés para los otros y viceversa, porque si algo constatamos una vez más, es que por mucho que nuestra época sea la de la comunicación digital, lo que realmente queremos es la proximidad entre quienes explican sus experiencias o apreciaciones y quienes las reciben, propiciando el diálogo real y conociendo in situ de lo que se habla.

(Fotos: José M. León, Teresa y Juan D. Corral)

javier dulin
ELEGANTE

Querida Carlota:

No sé si te acordarás, pero hace unos meses nos encontramos por la calle con Gerardo Cuadra, ese señor tan correcto y educado, con esa elegancia natural que siempre transmite; aquel que se alegraba de conocerte. Era justo cuando por la Escuela ya se rumoreaba que le habían concedido el Galardón a las Bellas Artes Riojanas 2004, a pesar de las voces que negaban a la arquitectura su condición de "bella arte".

Tiempo después, celebramos la oficialidad del galardón y nos alegramos de corazón.

Más tarde, visitamos la exposición que como segunda parte del premio conlleva el ser galardonado. Y como el día de la inauguración no pude felicitarle personalmente (estaba recorriendo un Londres muy acristalado de la mano de Juan) valga como tal, la satisfacción que nos produjo el montaje, tanto por el hecho de ver reconocido el trabajo de un buen arquitecto, como por la labor de Josemi en la manera de afrontar una segunda exposición sobre el mismo autor en un breve plazo de tiempo. Si aquella de la sala Amós Salvador miraba de forma exhaustiva toda la trayectoria de Gerardo con abundante información, esta segunda en el Parlamento (por cierto no parece el lugar más apropiado para exponer) se comprimía en unas pocas obras significativas que mediante fotos y maquetas la hacía más amable al espectador no especializado. Nos llevamos el catálogo, bien maquetado y con textos que profundizan en la obra del galardonado. Y al final del mismo, un DVD, muy bien realizado al estilo de los buenos reportajes televisivos, que sin duda me parece lo más interesante de todo este evento. En él aparece el elegante Gerardo (Oíza diría con mucho Decoro), desmiagando su forma de entender la cultura del proyecto y explicando con ejemplos puntuales todos los aspectos de peso de un método proyectual que va aplicando y corrigiendo, con el fin de emocionar a los que disfruten esos edificios. Y con que elegancia habla! (ya quisiera el monacorde Vázquez Consuegra). Y cuenta sus influencias racionalistas y organicistas, y su preocupación por la proporción hueco-macizo que genera tensión, y de cómo jerarquizar o dramatizar los espacios mediante el manejo de la luz, y de las texturas de los materiales y su construcción, y de acentuar pequeños gestos que mejoran el edificio, incluso de cómo complementar espacios diseñando el amueblamiento, y de cómo

no intervenir en patrimonio (único punto en el que le veo muy "políticamente correcto", con lo que tuvo que aguantar en Santo Domingo). Y con todo esto bien mezclado es como produce su obra, esa a la que no podemos modificar ninguna de sus partes puesto que ya son del todo, igual que no podemos aislar el huevo de la mayonesa.

Por eso se enfadó tanto y con toda la razón en aquel texto que publicó sobre la moda de las cancelas forjadas (diario La Rioja 24 de noviembre de 2001), en el que arremetía contra las pretenciosas intenciones de las comunidades de vecinos que no eran capaces de ver más allá de su imagen superficial. Le desesperaba no tanto la fealdad del elemento en cuestión sino la actitud poco respetuosa de no haber entendido la arquitectura que hay en un portal y operar en ella sin ningún tipo de consideración.

Y cuando la obra es tuya, duele más. Es el caso de las estupendas viviendas de Pérez Galdós, cuyo portal, siendo una pequeña joya aaltiana, ha visto sustituida su cancela de madera por una copia mal entendida de aluminio. Y cuando la reforma del portal es tuya, incluida luminarias de La Unión dentro de otro esfuerzo nórdico y además has vivido mucho tiempo en el edificio que la contiene y es atacada de tal manera, el cabreo debe ser mayúsculo. Pero Gerardo me imagino que se contuvo, y de forma elegante, reflexionó sobre las cancelas.



luis wassman
ACUSTICA POR FAVOR

Los hermanos Krier soñaban mañanitas de domingo. Y las certificaban con su avioneta, siempre vigilante. La arquitectura de la ciudad dibujaba ágoras, centros culturales y plazas. Y la gente leía el periódico al sol en esas mañanitas. Pero no nos dibujaban el ruido del tranvía a su paso ni el llanto desesperado y desesperante del niño pelmazo ni mucho menos, claro, nos describían el ruido de la maldita avioneta sobrevolando esos espacios de paz. Porque la arquitectura se dibuja en silencio se imagina en silencio. Y eso es un error de la arquitectura.

No es unívoca, no, mi relación con la arquitectura. Lo es claramente ambivalente, yo diría. Porque como si de una bella mujer se tratase, mis tratos con ella son de costumbre escabrosos. Porque, quizá, sí, la arquitectura es una bella mujer. La arquitectura nos fascina por su gracia, nos enamora por su inteligencia, nos apasiona por su belleza. Pero también nos desespera cuando nos despista, sin saber. O cuando nos ofende en sus disfunciones, sin querer. Y ese es el origen y la naturaleza de mis tratos con esta bella dama. Y ese es, claro, el origen de estas líneas.

Arquitecto de carrera pero no de profesión después de muchos años, mis mejores fotos aún a ella van dedicados, mis mejores amigos aún a ella dedican sus afanes y maestría y también, ¡ay! sobre ella y con ellos mantengo mis mayores broncas dialécticas. Aún. Todo ello bastante convulso, revuelto. Como no podía ser de otra manera en presencia de esta dama, tan dama.

En una derivación profesional inesperada que no interesa ni cuyo origen es el caso contar, me gano los cuartos en el mundo de la electroacústica. Estoy junto a los arquitectos y para ellos trabajo, invadiendo de frecuencias de veinte a veinte mil ciclos sus edificios y llenando de imágenes proyectadas sus espacios, cuando, una vez el público sentado y en silencio, quedan oscuros y a la expectativa. También los edificios quedan a la expectativa, ¿no? También los edificios tienen alma, ¿no? Pero, ¿Tienen también los edificios, dibujados en silencio, miedo al sonido que en ellos se puede desarrollar?

Así que lo que normalmente les pido a los arquitectos es un volumen para sonorizar y una superficie blanca para proyectar. Allí me desenvuelvo. Y aquí es dónde la acústica (o su ausencia), empiezan a decir aquí estoy yo. Porque en aquel magno auditorio (palabra cuya etimología es lugar para oír), o en aquella pequeña y modesta casa de cultura del pueblito de la esquina, o en cualquier espacio arquitectónico pensado para que muchos se reúnan y otros, generalmente menos, les cuenten cosas con palabras, allí, ¡oh desesperación!, no se entiende lo que los pocos les quieren contar a los muchos.

Y en ese momento, no antes, el facultativo, tan satisfecho de sus volúmenes, texturas, lenguajes y funciones, suele, por elevación, (es decir, en las nubes) y tras un ligero carraspeo, insistir en lo bonito que ha quedado el tono de la fachada, en la magnífica relación de su edificio con la ciudad y saca su cámara digital y envía fotos (mudas, claro) a todas las revistas con el ánimo de lo obvio. Pero los que quedaron sentados se preguntan unos a otros, ¿qué ha dicho el tipo del micrófono?

Si en su proyecto el arquitecto no se ha planteado que el auditorio que fabrica es un lugar para oír, muy probablemente tendrá que insistir mucho, el día de la inauguración y ante las siempre ignorantes autoridades, en que el edificio es bello. Y poco más. Porque cuando el ignorante más importante intente declarar inaugurado el auditorio, nadie se enterará de lo que ha dicho. Suele ocurrir en ese momento, que el ignorante segundo o el tercero dicen: ¡que cambien los micrófonos, que suenan muy mal!

Pero la realidad ha sido muy otra. La realidad es que la "D" de "declaro inaugurado el auditorio" se habrá reverberado tantas veces en las múltiples e inadecuadas (aunque quizá, eso sí, muy bellas) superficies reflectantes y así con la "e" (¡ah!, estas vocales tan rebeldes) que le sigue y no digamos cuando se le juntan y se oigan a la vez, juguetonas, todas las letras que vienen detrás en barullo y sean reverberadas a su vez. Nadie sabrá si alguien ha dicho algo, si aquello es un auditorio, si la autoridad es la verdadera o un sosia o si el pobre técnico de sonido que maneja los micrófonos se ha suicidado ya o le faltan algunos segundos.

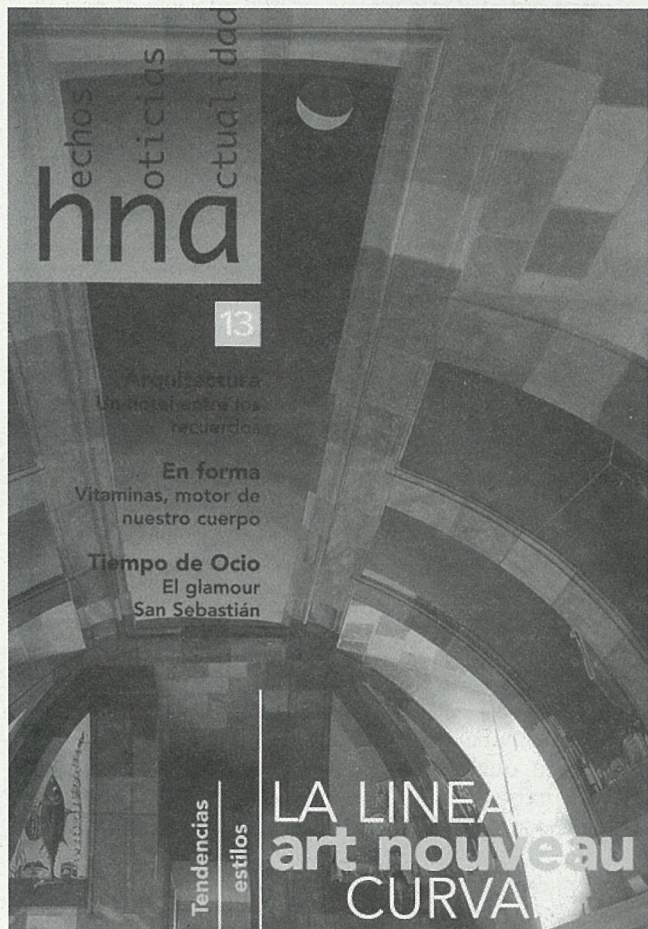
Porque esos ciclos, de veinte a veinte mil, que corretean por las imaginadas calidades (imaginadas en silencio, ya digo) se llevan a veces muy mal con éstas y lo que deberían hacer esta conflictiva "D" y sus vecinas es quedarse quietas en las paredes, el techo y el suelo. A eso se llama tratamiento acústico.

La electroacústica funciona bien en un ámbito acústico debidamente tratado y estudiado previamente, pero como si fuera una carretera de una sola dirección sólo puede corregir errores en un sentido, no en el otro. La electroacústica puede hacer más brillante una sala (hacer como que aumenta el tiempo de reverberación), pero nunca hacer como que lo acorta. Así que no es este un "problema de micrófonos". Es algo bastante más serio.

Problema que se soluciona en el tablero, al momento de proyectar e imaginando a las frecuencias haciendo de las suyas, cuando se ha recibido el encargo (y se ha comentado con los amigos y los compañeros, invadiéndonos la satisfacción por ello) de un "auditorio". Que es un lugar que debería estar proyectado y construido, con sabiduría y cariño, para oír. Que es un lugar decididamente susceptible de ser relleno de bellos sonidos y palabras gracias a músicos, directores de teatro o cine, cómicos y demás ejercientes de alguna de las otras bellas artes, que hasta siete hay.

Y eso es lo que provoca esas relaciones borrascosas, esas discusiones acaloradas, eso es lo que me desespera de esta dama. Que a veces, cuando habla, no hay quien la entienda.

HERMANDAD BASURA



Desde la página del Colegio (o de humor) en la que este mes tampoco escribe nadie se me ocurre que podríamos analizar un asunto colateral (casi debería de empezar por asegurar que es un verdadero "daño colateral" según se dice en la terminología bélica de actualidad) como es la publicación que todos los arquitectos afiliados a la hermandad, o sea, casi todos los arquitectos de España, recibimos periódicamente de nuestra insigne Mutua. Dirigida por nadie pero con un Consejo Editorial donde están los beneméritos renovadores de la mutua, Juan José Garmendia, Ricardo Alvarez de Toledo o Mariona Gallén Díaz, a quienes me une un cierto afecto (que comparto con Luis Ortiz de Zárate) nacido de aquellos días gloriosos en que la salvamos de la quiebra segura, la revista "hna" tira la friolera de 38.350 ejemplares con los que digámoslo cuanto antes para no tener intrigado al lector, inunda de ignominia a todo arquitecto con un mínimo de dignidad que se moleste en abrir sus páginas.

Como la revista llega gratis a casa o al despacho nadie se queja, pero si tienes algún amigo o un cliente mí-

nimamente inteligente ajeno a la profesión que te visita y la abre, la verdad es que se te puede caer la cara de vergüenza dando explicaciones. Seguramente no solo será gratis en la recepción sino que quizás lo sea también en su redacción -por aquello del siniestro recurso de que lo paga la publicidad de los anunciantes-, pero si la analizamos con cuidado vemos que no hay tantas páginas de publicidad, y que muchas de esas páginas destinadas a publicidad las ocupan anuncios de la propia hermandad ¡como si se tuviera que hacer publicidad en su revista!, por lo que acaso ¡ay! hasta puede que no nos salga gratis y que nos cueste unos buenos duros de nuestros fondos mutuales. Para cerciorarnos de que no es así, sería conveniente que los actuales representantes nos informaran de ello o que el Decano plantease la pregunta en la mesa del Consejo Superior de Colegios, a ver si encima resulta que pagamos esa bazofia. Menudo sudorcillo que me ha entrado de solo pensarlo: ¡mira que si encima nos cuesta unos euros!

Pero vale ya de descalificaciones globales, acaso subjetivas, y vayamos con una exposición pormenorizada de los contenidos del último número que ha llegado a mi despacho para darle objetividad al análisis. Sobre el fondo de la extraña fotografía de una bóveda medio pintada para crear el efecto ilusorio de que sus nervios tienen el canto de un papel, y de cuyo autor se dice en un reportaje central (pag 23) que "en ellas representó magistralmente un cielo que transcurre de la noche al día y del invierno al verano, en el que la astronomía y la gastronomía se funden entre referencias a la historia del arte" (¡menudo cielo!) aparece en la portada un avance del sumario con tres reportajes enunciados con cierta discreción, y un tema estrella expuesto en horizontales y verticales, como en un jeroglífico, referido a "Tendencias, estilos, La Línea, Art Nouveau, Curva". Te preguntas si las curvas del bóveda de la foto corresponden a un Art Nouveau de nuevas tendencias o estilos, y dado que no eres capaz de descifrar la relación pasas al siguiente sumario de la páginas 4 y 5 donde aparece en el ángulo superior derecho (el de máxima intensidad comunicacional) la conocida foto publicitaria de Zaera Polo y Farshid Moussavi espalda con espalda, y una foto de un motivo decorativo art nouveau simétrico acompañado de un texto que dice: "al introducir la asimetría en sus líneas maestras, el Art Nouveau rompió con las corrientes establecidas". Como texto y foto parecían entrar en contradicción el maquetador ha puesto tres cuartos de la foto en una página y un cuarto de foto en la otra para que así saliera algo asimétrico y se arreglase en lo posible el desatino.

Tras la carta de presentación de Garmendia "como presidente vuestro que soy" en la que no dice nada más que todos somos humanos y cometemos errores pero que en nuestro ánimo está ser buenos (¿qué habrán hecho?) vuelve otra vez a aparecer la foto de la parejita hispano iraní con nidito en Londres como si se tratara de un anun-

cio de esos de la televisión que se repite como el pepino. Miro a ver quien firma la entrevista, o lo que sea, pero no la firma nadie, así que paso olímpicamente de anónimos y me cojo un primer cuello fuerte por tener que aguantar que una revista para arquitectos de 38.350 ejemplares se permita tal descaro. A continuación del reportaje de la parejita de arquitectos de moda, que aunque abren la revista no son los del tema estrella del la línea art nouveau curva, pero que a tenor de lo que hacen bien podrían serlo (y con asimetrías de verdad) viene una foto a toda página de dos viejecillos en chándal y bien alimentados mirando el mar, que abre un "publirreportaje" (así creo que se llaman, aunque aquí no se dice) de seis-páginas-seis sobre cómo mejoran las prestaciones de la hermandad.

Las pasamos rápidamente huyendo de ciertas fotografías médicas con aire de felicidad y regresamos a la arquitectura (o lo que sea) de ese "hotel entre los recuerdos" que era foto de portada y que por las fotos tan impactantes que se ven, merecería una invitación a nuestras Jornadas del Patrimonio. Paso sobre ascuas sobre el interés en publicar-publicitar obras como ésta, o como las viviendas en Avila que le sigue, porque del mismo modo se podrían haber publicado otras veintitantas mil, pero me quedo con algunos de los titulares laudatorios que dan el tono pretendido a la revista: "los arquitectos buscaron una óptima relación entre vivienda y jardín pretendiendo que éste se convirtiera en una alfombra verde como extensión del porche y el salón" (¡qué tíos más ingeniosos!).

Pero el no va más de la revista (y es que, de verdad, ya no puedo con más) viene en el reportaje que le sigue, donde vuelve nuestra hermandad como protagonista para enseñarnos a invertir a través de uno de sus retoños institucionales llamado "Gestiohna" y que aconseja así: "Los objetivos de rentabilidad son tan distintos entre un inversor y otro que condicionan las características de la gestión necesaria para alcanzar la misma" o así: "Tan importante como un buen producto es una buena combinación de los mismos, logrando así una óptima diversificación". Es fantástico.

Tiro la revista a la papelera directamente sin poder llegar a los reportajes que se asoman en las páginas posteriores (¡incluido el reportaje estrella!) y es que nada más que leo titulares como "la armonía de la línea curva", "formas rompedoras", "diamante del art nouveau", o calificar a San Sebastián como "uno de los puntos más chics de la península, que conserva con orgullo su fuerte personalidad vasca" me entran tales ganas de ir al retrete que de no ser porque su papel no sirve para ello, le daría con ganas un uso mucho más significativo.

Una cosa es que la televisión basura avance imparables hasta el triunfo final entre nuestros clientes, pero por favor, así, entre nosotros, y en lo poco que nos queda de dignidad a los arquitectos, pongamos freno a las revistas basura y, cuando menos ¡no las hagamos (ni paguemos, si es el caso) entre nosotros mismos!

